

“La Mujer y el Dragón”

*Un belén para el cincuenta aniversario
de la Parroquia de Cristo Rey*

Apareció en el cielo un signo sorprendente: una Mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y tocada con una corona de doce estrellas. Está encinta, y grita por los dolores del parto, por el sufrimiento de dar a luz. Apareció después otro signo en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, que llevaba sobre sus cabezas siete diademas. Barrió con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto naciera. La Mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro.

(Ap 12, 1-6)



El tema principal, que no único, de este “belén” es una interpretación del Apocalipsis de Juan, tomando como base su capítulo 12, pasaje dedicado a la aparición del gran Dragón y la Mujer que va a dar la luz. Con esta idea, añadida entre otras, a la tradición de los Evangelios y a la historia bíblica de la Torre de Babel, que da forma definitiva a la estructura, aún lo que pasó, lo que pasará y lo que está pasando hoy en día en nuestra vida. Con esta idea tenemos varios focos:

En primer lugar el Dragón de siete cabezas que espera a devorar al niño en cuanto nazca. De ahí que una de sus cabezas sirva como un pesebre poco convencional. El resto de cabezas están ocultas en distintos rincones del nacimiento, acechando entre las sombras para morder al incauto. El segundo foco es la estatua de María que nos acompaña en cada celebración parroquial: tiene la luna bajo sus pies y pisa a las cabezas de dragón que se esconden en la caverna, puerta del averno. Finalmente, coronando toda esta Torre de Babel, se encuentra la Jerusalén celeste: reconstruida de oro, vidrio y piedras preciosas y coronada por el Sol, que es el mismo Dios que dijo “de las tinieblas brille la luz” y que nos guía.

Es de esta ciudad celeste, del cielo, de donde surge una espada que atraviesa cielos y tierra y sirve un triple propósito: es la espada que usa el arcángel Miguel para matar al Dragón y así evitar que devore al niño; es nuestra cruz y, a su vez, es la escalera de Jacob que nos lleva al cielo a través del misterio del Nacimiento del Emmanuel. También uniendo el Cielo y la Tierra se encuentra un acueducto que lleva el agua viva, el Espíritu, y que se convierte así en símbolo de la Iglesia. Es de apariencia frágil, porque frágiles somos sus miembros; pero a su vez es resistente gracias al Espíritu Santo.



Adorar al niño nos lleva a Dios, pero la subida es difícil y es un combate diario: podemos despertarnos como Herodes, nos convertimos en el dragón e intentamos matar al Niño, podemos dejarnos morder por el Dragón, quedarnos esclavizados en Egipto o en la comodidad de nuestras casas o no saber cómo salir del desierto. Pero también podemos coger el camino que nos ofrece Dios, abrazar lo que nos hace sufrir y subir, poco a poco y con la ayuda de Jesús, a la Gloria celestial.

<<SECUENCIAS FOTOGRÁFICAS DE SU EJECUCIÓN>>



